

## Exposición de juguetes en el Colegio de Arquitectos

«Dejad que los niños se acerquen a este Colegio» podría haber sido un lema, formulado con todos los respetos. Otro: «traed, niños, vuestros juguetes, para que nosotros, los que nos creemos adultos, nos reconozcamos en ellos.» Que aprendamos a conocernos mejor, a saber, e través de la contemplación de estos objetos animados de verdadera vida, cuáles siguen siendo nuestras aspiraciones y anhelos más íntimos. Por esto es sorprendente que haya quien se sorprenda por esta exposición y le parezca poco seria. ¿Es que, por fortuna, se distinguen éstos de los que, tan seriamente, practican los adultos?: en el campo de deportes, pero también en el trabajo diario, reuniones y un largo etcétera...

El juguete puede introducirnos en muchos mundos: ante todo, en el propio. Juguetes de países de tres continentes, coinciden aquí en decirnos las mismas cosas sencillas y profundas. El más rústico, un simple trozo de madera desbastada toscamente, oculta la misma carga de turbadora humanidad que un refinado juguete japonés. Olvidemos hoy esos carísimos juguetes que llenan nuestras tiendas, a los cuales ha alcanzado hace tiempo el consumismo: limitémonos a éstos de la exposición. Aquéllos de las tiendas enmascaran, conscientemente o no, sus verdaderas intenciones, y con frecuencia el niño, aunque al principio quede encandilado por su magnificencia y brillantez, termina por divertirse más con un juguete también de hoy, pero más sencillo, que le dé mayor margen a la imaginación, que le permita estimular su sentido creador. Entonces ese juguete tendrá sorprendentes similitudes con estos otros de culturas y países subdesarrollados, pero que han sabido calar más, que saben conocer mejor las auténticas necesidades de los niños. Todo el material expuesto en el Colegio este verano, entre el 19 de agosto y el 5 de octubre, ha sido cedido por el Museo Etnológico de Barcelona. Esta colección no es sino una pequeñísima parte del arte popular que su director, August Panyella, ha ido recogiendo infatigablemente a lo largo de años, de viajes, esfuerzos, equilibrios y paciencia.

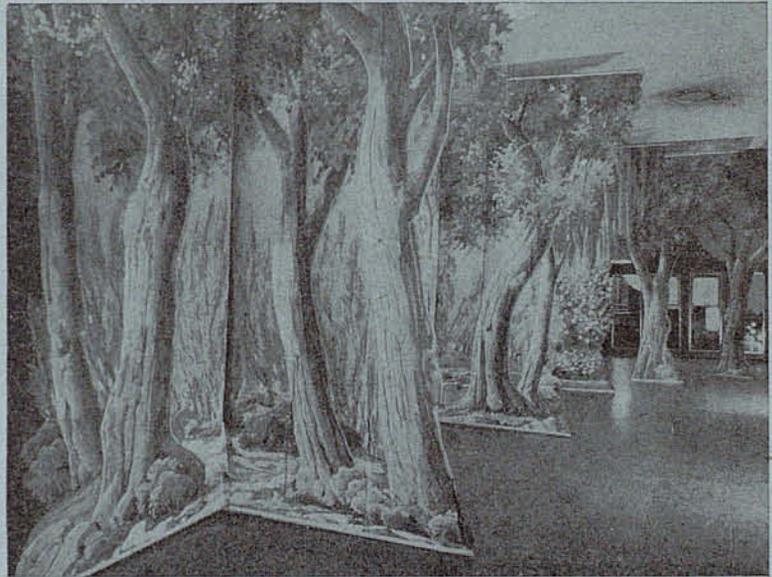
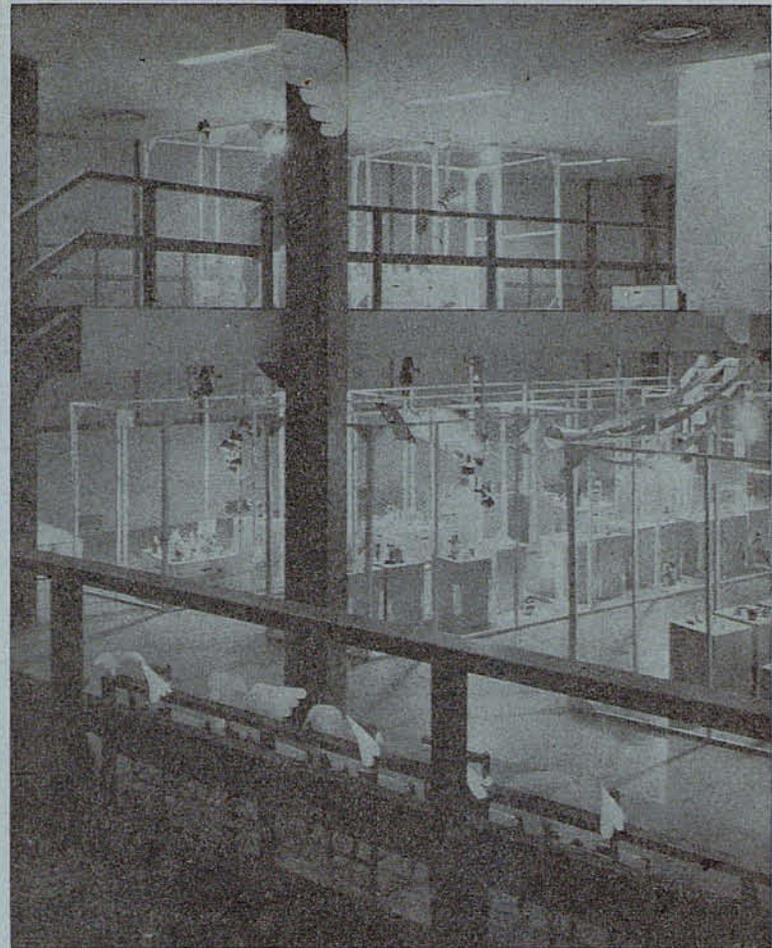
Lo normal en un director de museo no es esto, que se dedique a su museo; por desgracia, es bien sabido.

La exposición podríamos haberla seleccionado igual entre útiles de trabajo, objetos de culto religioso, objetos del hogar, etc. La elección del juguete, por lo que tiene de realizador de humanísimas ansias, lo hacía particularmente adecuado. Sigamos sorprendiéndonos de que a ciertos adultos les sorprenda: tan lejos deben tener su yo infantil, si es que alguna vez ha aflorado en verdad y ha celebrado durante minutos, horas, una tarde entera, un ritual y explosivo acto de liberación.

Los países representados han sido siete: Japón, India, Nepal, Méjico, Guatemala, Perú y España. Ejemplos diversos, ya que no era posible una representación mayor. Ejemplos de distintos tipos de juguetes también. Maravillan las coincidencias, los objetivos comunes. En estos momentos, cuando percibimos ya claramente la crisis del moderno diseño basado exclusivamente sobre bases racionales (lo intuitivo que sale a la luz es porque se ha colado), estos humildes juguetes son una lección de adecuación y a la vez de canción misteriosa que sí nos está diciendo algo. Y no hay preocupaciones formales, porque la forma sale ya dada de dentro — como Minerva salió «diseñada» por entero de la cabeza de su augusto padre — y a la razón no le cabe sino aceptar complacida lo que en sí es adecuado en sus partes y como conjunto un objeto útil, funcional y bello, sin que se haya pretendido. Una lección de humildad, ante todo, y de sabiduría.

El montaje ha corrido a cargo del arquitecto Daniel Freixes y su equipo. Feliz, juguetón él mismo, contemplaba y usaba el material como un juguete grande y complejo. Las jaulas de red metálica en que aparecían encerrados los juguetes era en parte una solución de montaje que venía dada por unas circunstancias determinadas, incluso por la falta de tiempo. Ya estaban ahí, y se nos antojaban lo más adecuado. Y se descubrían unos simbolismos que no importa en qué medida habían sido conscientemente buscados. Los juguetes estaban privados de libertad; los niños no podrían llegar a ellos. Esto debía aparecer claro a los espectadores, adultos e infantiles; de un modo u otro lo advertían. Son muchas las cosas que están así, encerradas, bajo llave. La infancia, por ejemplo, y el adulto, esclavo de su rutina o sus absurdas obligaciones. Todo está bajo llave y no está de más recordarlo. Fuera, en el aire libre, los árboles del bosque, milenarios de representaciones teatrales infantiles, o de aficionados de barrio. Como una demostración de que la libertad está ahí, inalcanzable. Dando una imagen en realidad burlesca, con verde naturaleza pintada, descolorida, pasada de moda. De algún modo ahí. Quizá no tanto burlesca como humildemente, para que sea escarnecido por los adultos que vengan a sorprenderse de que aquí o en cualquier otro lugar, pero sobre todo aquí, se pueda celebrar una exposición de juguetes populares. Un juguete que es ese placer eterno que Keats, el poeta, descubría en la belleza. Un juguete que nos está hablando en mil idiomas y en uno solo. Un juguete que nos dice más de la vida de un pueblo que sus tratados de paz y sus hazañas de guerra. Que nos está diciendo — ¿no lo está oyendo? — qué es lo que anhelamos por encima de todo íntimamente, qué deseábamos ser y no somos, qué esperamos ser todavía, si es que hay tiempo.

José Corredor-Matheos



Las alas eran de oca honrada y no de ángeles.

Aquí siempre habían puesto decorados. Esta vez también. Un poco más baratos, un poco más sucios. Es que era verdad que una semana antes de traerlos sirvieron para hacer «Els pastorets», pero no fue posible porque los prohibieron. No fue ni Gobernación, ni el Ayuntamiento, ni el mal tiempo, fue el público. Por tendenciosos y perpetrar ideas exóticas.

Pero aquí, en el Colegio, los decorados se podían poner porque luego no haríamos los «pastorets» y no nos prohibían nada. Se podían poner para que nos pudieran salir de dentro lo que llevamos todos de «pastorets», de actores, para ver cómo se ve un decorado de verdad, por delante y por detrás, para que cada arquitecto municipal recordase el cuento del árbol y el jardín, para que las señoras que entran a las siete de la mañana en el Colegio este año tuvieran vacaciones o al menos su paisaje, para que los niños recibieran las sabias lecciones de lo que es una decoración infantil de labios de sus doctos profesores.

- Niños, esto está hecho para vosotros. Es un mundo de fantasía, un mundo infantil.

Y no. Que el mundo era real porque eran papeles pintados, trozos de tela o sillas con ruedas atadas. Y lo que era de fantasía eran algunos profesores.

No. Los juguetes no son la Arquitectura. Pero esto es evidente. No hace falta ninguna exposición para demostrarlo. Si acaso harán falta una para mostrar los juguetes, y otra para mostrar la Arquitectura. O, mejor, una para desear a los juguetes y otra para desear a la Arquitectura. Porque poca cosa hay para mostrar y mucha para desear.

Los juguetes son una cosa y la Arquitectura es otra. La Arquitectura no es un juguete. No se puede jugar con ella. Para jugar hay otras cosas. Las calles son para caminar. Para besarse hay otros sitios.

Pero intentar besarse en la calle o jugar con la Arquitectura, eso, hermano, eso no puede ser. Y si me pones una silla que también es un patinete, no. Y si un dibujo es también un escaparate, tampoco.

Hay que contentarse con la silla, los patinetes, los dibujos y los escaparates, cada uno en su sitio, cada uno en su tienda.

Pero hubo quien no aceptó. Y convirtió una silla en un sillón ortopédico a la vista de los demás. Otros convirtieron la silla en los patines del cuerpo. Otros prefirieron convertirla en una silla normal y quieta y fumar.

Hubo quien aceptó a los que no aceptaron y se limitaron a mirar una exposición como el director de museos tolera. Es decir, un poco cansado, un poco rápido, un poco distraído, un poco interesado, un poco desesperado, un poco.

Y hubo también gente fiel a su deber. Deber de defender una manera de hacer las cosas. Deber de protestar la coherencia y protestar la indignidad. La del objeto expuesto y la de la forma de hacerlo. Esa gente que creará que puede ser coherente y piensa que verá

estos objetos en otro lugar que no sea el Colegio. Y creará que podrá sentirse dignificado cuando se imagine que los podrá ver tras una urna mortuoria con ruido de pasos de relevo de conserje y de chasquidos de programas numerados de papel cuoché al apretujarse en las manos de visitantes conscientes y honrados que lo harán servir más tarde de pelotita, cenicero y gol.

Sólo crearán poderlos encontrar porque estos juguetes volverán a cajas de cartón, rodeados de papel, tras el macabro baile de la utilidad. Volverán a los almacenes, a los altillos y a los sótanos de un museo que las mañanas de buen sol deja pasear sus figurillas por un jardín hojeado, porque sus pieles se oscurecen dentro de las cajas, o porque dentro ya no les caben en unas urnas que han cumplido groseramente ya con su capacidad. Hay que esperar las mañanas de buen sol para que las figurillas se paseen sigilosas por la ciudad y se cuelen en los Colegios como Pedro por la casa de usted.

Hay que esperar.

Eso, hay que esperar que a uno, o sea a todos, nos den la oportunidad de enterarnos cuántas horas pueden dormir los niños del Brasil, o si el tapón de sus escopetas es todavía de corcho o es ya de plástico, o si de niños ya saben que los muñecos nunca se los dejarán romper.

Porque esto es lo que debiera exponer además una exposición de juguetes. Pero esta vez no pudo ser todavía. No pudo ser, porque estas cosas casi nadie las sabe. Y cuesta mucho dinero comprar a gente para que las invente. Por eso sólo había juguetes.

Hay que esperar para ver esos juguetes en las casas de los niños, o en la calle atados a las ramas de los árboles, o, en el peor de los casos, en las paredes de museos aún por nacer.

Hay que esperar para ver las casas claras. Las casas de planteo correcto, las casas que clarificarán nuestro horizonte de ciudad. Las que nos irán enseñando también las claras urnas del Colegio.

Finalmente habrá que esperar para enterarnos que hay tantas casas como juguetes y un juguete para cada diez niños. Pocas casas, pocos juguetes, muchos niños.

Mientras tanto, cuando nos dan una casa, jugamos.

Daniel Freixes

## bibliografía

Sección a cargo de:  
Rosa Barba y Ricart Pie

### 1. revista de revistas

# ar

Septiembre 1971

El número, encabezado por el título de: «Instruments of Institutionalism», se inicia con la publicación del Edificio Residencial del Christ's College, en Cambridge, de Denys Lasdun & Partners, arquitectos.

El editorial de la revista presenta al mismo como una reconciliación del organismo que lo encargó con el Movimiento Moderno; señalando que un proyecto encargado por la misma corporación en 1936 a Walter Gropius y Maxwell Fry, fue rechazado sin ninguna explicación y encargado a Sir Albert Richardson.

Richard MacCormac comenta la parte ya realizada del proyecto en su artículo: «Ambivalent Admiration».

Siguiendo el propósito de este número, se publica la Embajada Británica en Roma, de Sir Basil Spence, arquitecto, que presenta él mismo en el artículo «Chancery Building, British Embassy, Rome». Siguen, la publicación de un comentario del mismo: «A Foggy Colloquy», por Bruno Zevi, y la crítica a cargo de Sherban Cantacuzino: «Mixed Metaphors in Rome».

Sir Evelyn Shuckburgh, embajador en Roma, explica la problemática del encargo, y Edmund Happold, su estructura.

Arne Jacobsen, describe y presenta su edificio para la Embajada Danesa en Londres.

«DEMO's Dismal Record», es un reportaje gráfico sobre embajadas británicas construidas por el Ministerio de Obras Públicas.

Completan el número, un reportaje gráfico sobre el «Hall» de las Oficinas Olivetti en Goldstone Villas, Hove, Sussex, de los arquitectos Edward Cullinan y Michael Chassay, y la publicación del Aula de Audiencias del Vaticano diseñada por Pier Luigi Nervi.

# FORUM

Julio-Agosto 1971

Este número dedica veintidós páginas a un reportaje sobre edificios dedicados al esparcimiento y uso de tiempo libre en Canadá, Japón y U.S.A.

Contiene los edificios siguientes:

- «Ontario Place», en Toronto, de los arquitectos Craig, Zeidler & Strong.

- «JM Day Camp», en Mt. Olive, New Jersey, de Samton Associates.

- El gimnasio del «Japan Dental College», de Tokio; diseñado y construido por «The Kajuna Construction Co.» y el arquitecto Shin'ichi Okada.

- «Interpretive Facilities Building», del nuevo Interpretive Design Center, en la confluencia de las orillas del Potomac y el Shenandoah, en Harpers Ferry, West Virginia, del arquitecto Ulrich Franzen y Assoc.

- «Hazel Hotchkiss Wightman Tenniscenter», en Weston, Mass., de los arquitectos Sasaki, Dawson, De May & Assoc.

Completan el número:

- Artículo de Henry N. Wright: «Radburn Revisited», sobre el ajuste de esta población a la «edad del motor».

- «El Campus de la Unión de Estudiantes de la Universidad Estatal de New York en Stony Brook», Long Island, concebido también como una malla peatonal, por los arquitectos Damaz, Pokorny y Weigel, con exteriores de Richard J. Cripps e interiores de Lawrence Randolph.

- «Two crown and eagle mills», artículo extraído del libro de William Bagnall sobre la historia de las fábricas textiles en U.S.A., se refiere a dos molinos textiles del siglo XIX, unidos simétricamente sobre una orilla común, y que están en peligro de desaparecer.

## PROGRESSIVE ARCHITECTURE

Mayo 1971

La revista dedica este número a la vivienda, publicando:

- Vivienda de vacaciones en la ribera rocosa del Maine en Seal Harbor, «Habidu», del arquitecto John Fowler.

- Transformación de un edificio del siglo XIX de Chelsea, Manhattan, New York, para convertirlo en un conjunto de apartamentos; arquitecto Robert Ostrow.

- Residencia en la campiña de Kentucky, mezcla cuidadosa de arquitectura regional y elementos españoles en el diseño, realizado por los arquitectos Herb Greene y C. A. Coleman, Jr.

- Sistema modular basado en tirantes y paneles triangulares para la construcción de viviendas «in situ», de Muchow Associates.

- Gran vivienda rural dentro de la tradición de Nueva Inglaterra, construida en la campiña